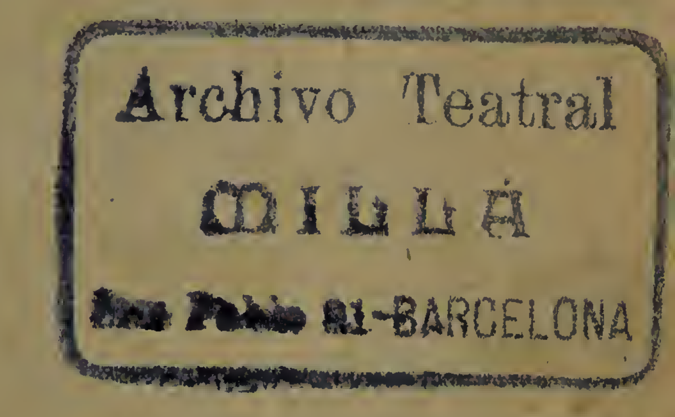
21

ORGULLO DE ALMAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE JUSTO GONZÁLEZ NAVARRO



TIP. RAFAEL G.-MENOR. — TOLEDO

ORGULLO DE ALMAS

Comedia en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

Justo González Navarro.



TOLEDO
Establecimiento tipográfico de Rafael G. Menor.

A Mauricio Maeterlinck,

habitante en su Castillo de Saint Wandrille, cerca de Rouen.

Mi deseo dejo cumplido al estampar en esta página el nombre del para mí más admirado ingenio, del ilustre embajador de misteriosas regiones que transforma la dramaturgia actual, con su tendencia extrema espiritual, teniendo por ideal dramático la representación escénica de la vida inconsciente del espíritu.

Justo González Navarro.

A mi amigo y compa-
ñero José de Mora

El Autor

Toledo 5-I-1914.

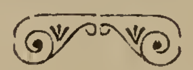
ACTO PRIMERO

PERSONAJES

Soledad.
Carmelita.
Pilar.
D.ª Ascensión.
La *señá* María.
Rosa, criada.
Olegario.
Pepe.
D. Hortensio.
D. Luis.
El señor José.

La acción se supone en una quinta, distante seis leguas de capital castellana.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.





ACTO PRIMERO

Jardín de una hacienda de campo. Vénse dos fachadas del hotelito, a la izquierda.—Escalinata de acceso, por la lateral, que tendrá ventanas o balcones.—Al lado de la otra fachada, frontál al público, banco pequeño con velador delante.—A la derecha, separado lo más del edificio, otro banco mayor que el anterior.—Es una mañana del mes de Julio.

ESCENA PRIMERA

Aparece el señor JOSÉ, en medio de la escena, sacando su reloj.

Sr. José. ¡Las diez y media! (Pausa. Dirjgese al banco menor, descúbrese poniendo el ancho sombrero de trabajador castellano, encima del velador.) ¡Cuánto hemos trajinao estos días! Así estára de bien dispuesto tóo, al llegar ayer anochecío, nuestros güéspedes. (Pausa. Nueva mirada al reloj.) ¡Tenía tantos deseos de su llegáa! Sobre tóo por oiles las norabuenas a nosotros y las alabanzas a nuestro chico. Como aquí no trata uno, quitando los amos, más que con pobretones..., no se da uno cuenta de lo que pasa, de lo que es... ¡padre de un sabio...! ¡¡De un ingeniero!!

ESCENA II

El señor JOSÉ y PILAR.

Pilar. (Llega ésta, por la última caja de la izquierda con intención de ascender por la escalinata, mas nota la presencia del Sr. José y va a él.) ¡Hola. Sr. José! (Dícelo con simpatía, alegre.) Pronto llegarán, ¿eh?... ¿Qué hora es?

Sr. Jasé. (Levántase, sin mirar el reloj, contesta.) Las diez y media y dos minutos. Acabo de velo. Caa dos minutos miro al reloj. Eran las diez y media y ahora me tocaba...

Pilar. Entonces, exacto.

Sr. José. No tardarán, no, al mediar el día, dijeron era la llegáa, pero con ese carricoche color rana, seguro que si no se matan por el camino, se allegan en seguía...

Pilar. ¿No le gusta a Ud. el automóvil?

Sr. José. (Con aire sentencioso.) Ni a mí, ni a las caballeríes. ¡Cuidao y que toas han recibío sustos, y, algunas hasta han sío despanzurrás, por esas maquinotas, que paecen hechas paa locos enemigos!...

Pilar. ¡Ja, ja, ja! (Larga pausa.)

Sr. José. Miuste, señorita, que mi hijo ingeniero...

Pilar. ¡Y de porvenir!

Sr. José. Y tóo... debío al corazón grande, a los sentimientos nobles del amo, ¡haber muchos como él en el mundo, y los pobres no seríamos tantos y tantos!...

Pilar. ¿Estará Ud. hoy contentísimo?

Sr. José. ¡Que si estoy! ¡Hoy es día grande, de gran función pa mi alma! Paece llegar a mi memoria, nuevos recuerdos d' aquellos tiempos de carestía, de pobreza mu negra...

Pilar. (Con interés.) Cuéntame, cuéntame, apenas sé...

Sr. José. Verá Ud. señorita, verá Ud. (Pausa.) Recién casaos, aunque casi ya machuchos, estábamos mi Maruja y yo, sin trabajo y con los ahorros de muchos años, ya terminaos... (Con tono tierno y resignado.) ¿Qué, hacer? ¡No sabíamos!... Ganábamos algún día que otro, pero... ¡eran tan pocos!... (Pausa.) Mi vieja... era madre. (Con alegre y emocionada ligereza.) ¡Qué penas y qué tristezas se confundían con alegrías al coger en mis brazos al pequeñuelo! Me daba mucha pena viera la luz del sol, que nos vía tanto sufrir. Pero... ¡quiá! A los pocos días... en el andar contínuo de nuestra miseria, encontramos la mina de felicidá, que nos ha resarcío de peores tiempos: entramos en esta casa.

Pilar. Sí fué suerte.

Sr. José. Inmensa. Los dueños no tenían hijos. Admiraos del nuestro, fueron sus padrinos.

Pilar. ¡Es verdad!

Sr. José. ¡Qué bueno el amo y qué buena y santica el ama! Por santa fué con Dios al dejar entre nosotros un angel.

Pilar. ¿Soledad? De modo que ¿cuando ella nació?...

Sr. José. Mató a la persona que más hubiá querío. ¡Pobre niña! Cuando s' acuerda d' ello, muchas veces la ví llorar... Es muy güena.

Pilar. ¡Ya lo creo que es buena! Como a una hermana la quiero y eso que nos vemos tan de tarde en tarde...

Sr. José. Yo, como a una hija. (Larga pausa.)

Pilar. Señor José, pasaron más de dos minutos sin que mirase el reloj.

Sr. José. El mirar el tiempo pasao, hízome olvidar el presente. (Mira el reloj.) Son cerca de las once. Menos trece minutos.

Pilar. Hemos echado una buena parrafada...

Sr. José. Acaso haya molestao a la señorita, contándola...

Pilar. No. Al revés. Le agradezco el buen rato.

Sr. José. Gracias.

Pilar. Y le felicito con más entusiasmo.

Sr. José. Gracias, gracias...

Pilar. Voy a arreglarme un poco. Hasta luego.

Sr. José. Hasta luego, señorita Pilar. (Márchase.) Contenta está tamién la forastera, como vendrá su mocico con el mi chico... ¡Los quereres, los quereres! (Pausa.) Pero calla, calla viejo. (Coge el sombrero, cúbrese y se dirige al fondo derecha, hablando.) A esperar al hijo, lo más lejos, aunque y tenga de montar en coche empujao por brujas. (Concierto orgullo y contento.) ¡¡Si realmente no sabe uno...!! (Váse.)

ESCENA III

Entran SOLEDAD y CARMELITA por el fondo izquierda.

Carm. Cada vez más encantada por tus flores acuáticas. ¡Vaya unos lotos japoneses! y, ¡qué lirios de agua tan lindos!

Soledad. Que no te encante la flor del loto por bella que sea, ¿recuerdas aquellas leyendas que nos contaba Olegario?

Carm. Apenas... Sólo recuerdo no sé qué gentes olvidaban su patria por el país de los lotos. ¡Y qué bien nos entretenía su charla amena en las horas de descanso!...

Soledad. Es verdad. Era cuando *hicimos* el invernadero. ¡Qué afanosas trabajamos!...

Carm. ¡Días buenos, pasé aquella temporada!

Soledad. ¿Recuerdas, nos parecía tan grande? Y, ahora, ya has visto; resulta casi pequeño.

Carm. Si. (Pausa.) Pasaría días enteros, viendo salir agua del pozo artesiano, y las flores grandes y las hojas inmensas... y, los peces, tantos como tenéis. ¡A ver si te las comen! Qué les harías ¿ahogarles?...

Soledad. No perjudican. Al revés, favorecen. Lo tengo bien consultado y observado...

Carm. (Pausa.) En una carta me indicabas, hace poco, tendrías una hermosísima, no me acuerdo...

Soledad. ¡Ah, sí! Una Victoria Regia, la reina de

todas estas plantas. La mayor, sin duda. La más bonita, para muchos.

Carm. Si será grandona, grandona...

Soledad. Sus redondas hojas, tienen uno y hasta dos metros de diámetro. (Pausa.) Esta reina, acaso hoy mismo tenga alojamiento en el jardín flotante...

Carm. ¡Claro! Olegario...

Soledad. Sentiría se hubiera olvidado de ello. Me prometió... pero tantos exámenes y estudios...

Carm. No olvida él lo prometido y menos a tí. La traerá, y lo celebraremos, y, cuando la semilla se convierta en planta de alguna altura, cuando introduzcáis el tiesto en el agua, ese día de su coronación, te aseguro venir...

Soledad. Durante ese tiempo de evolución, nuestra vida podrá también cambiar...

Carm. ¡Vosotros...! Pero viviréis aquí... (Con interés. Como volviendo a anterior conversación.) Díme, díme más de Olegario, nuestro amigo de la infancia, nuestro hermano de siempre. Por su nuevo y último triunfo en la carrera, acaso esté orgullosísimo... ¡Orgullosísimo! Pobre hombre, tan modesto como si no hubiese tenido protección... Estará contentísimo, ¿verdad?

Soledad. Puedes suponer... (Con cierta tristeza y pensar.) de seguro.

Carm. ¡*Todo* un ingeniero de caminos, canales y puertos!

Soledad. Sí, sí, Carmelita. ¡*Todo* un ingeniero de caminos, canales y puertos, es aquél chico tan travieso que con nosotras corría por la finca, que por nosotras daba cien volteretas para divertirnos, que por nosotras, subía a los árboles por nidos, sin pensar para construirlos, habría necesitado la madre mil idas por hierbecitas, y mil y mil golpecitos con su pechuga para endurecerlas. (Pausa.) No sé por qué, pero... me gustaba entonces más...

Carm. ¡Vamos..., no! Ya se sabe, ya se sabe, que tío Hortensio, dará cumplido a dos quereres, que no saben que se quieren... ¡cómo se quieren!

Soledad. Chica, sabes más que yo. (Un poco animada.) A mí, sí, es verdad, algunas veces mi padre en ausencia de Olegario, me ha indicado que él podría hacerme feliz, ser el esposo más conveniente de cuantos aspirar a mi mano, pudieran. ¡Mucho le quiere! Pero Olegario, (Con dejo de tristeza.) muchísimas veces me habló de cariño grande, pero de niños, cariño de hermanos. Jamás me ha indicado amor... Jamás me ha dicho esas bellas cosas que decir deben los que aman.

Carm. Y, a tí, contraríate su proceder porque le quieres ¿no es verdad?

Soledad. No sé... sí. Creo que sí. Nunca pensé poder casarme con nadie más que con él. Cuando me represento, en mis ilusionarias

ideas, con el velo blanco, el azahar... siempre está él de rigurosa etiqueta mirándome seriamente mimoso... Ríome entonces... Gozo. Soy feliz. Seguramente es mi deseo.

Carm. Lo que deseas y obtendrás en plazo breve. ¡Qué dichosa eres! Confieso mi envidia. Casarse con un hombre que se le quiere desde pequeñuela, con un hombre cuya alma ha sido bien sondeada, de las dotes de Olegario...

Soledad. Niña, niña... ¡Primita! Sólo faltabas tú, háblarme así, para si esos señores enmudecen ahora, desate yo mi lengua... y haga confesiones indiscretas de cariño.

Carm. No serán mudos, verás...

Soledad. Eso creo. Esperanzas tengo, mas... Dejemos esta conversación. Es enojoso para mi alma, caminar mi pensamiento entre dudas. El tiempo dará solución a todo, y, cuando veamos es desagradable, tendremos lugar a entristecernos y cuando, por el contrario, la realidad nos ofrezca momentos deseados, entonces, entonces... es cuando debemos reir...

Carm. ¡Dices bien, Soledad! (Larga pausa. Sepárase y mira fijamente por el lado derecho.) Después de correr toda la mañana por todas partes, aún no había visto la variación de tus jardinillos. ¡Está muy bien! Me gustan más así, irregulares...

Soledad. Sí, preferí estilo inglés. Antes parecía eso una página de atlas geométrico. Convidaban

a abreviar camino. Ahora gusta dar vueltas recorriéndoles, fijándose más en las bonitas plantas, que lucen mejor sus flores, y el conjunto resulta más pintoresco...

Carm. Luego iremos por ahí, ¿eh? (Pausa.) Esa Pilar, esa Pilar...

Soledad. (Que se habrá sentado en el banco grande.) Componiéndose aún... como viene su novio con... Olegario...

Carm. (Como adivinando.) ¿Te hubiera gustado decir *con el mío?...*

Soledad. Pues, sí, lo digo. Como viene su novio con... *el mío,* va a presentarse engalanada como princesa de cuento de hadas...

Carm. Si hubiese venido Pepe ayer tarde con nosotras, se ahorraba Olegario detenerse por él en la ciudad; estaría ya aquí.

Soledad. ¡¡Qué más da!! Me alegro, y que esté nuestra amiga Pilar, pues así habrá más animación estos días; por cierto que no dejo marchar a nadie hasta que pasen...

Carm.. (Sin dejarla terminar.) ¿Esas dudas que tienes?..

Soledad. No, mujer. Hasta pasados cinco o seis días. A tí, cinco o seis meses.

Carm. Bueno, bueno. ¡Con lo que hay hacer ahora en la casa nueva que está manga por hombro! Nos ha quedado muy bien.

Soledad. Por verla, cuando marches voy contigo.

Carm. Dicho está. (Pausa.) Lo que ha quedado me-

jor, es la planta baja: biblioteca y despacho de papá y reja para...

Soledad. Para despachar, tú también ¡eh!

Carm. No. Para Pilar, que se pasa allí su vida. Es decir, su semivida, porque la otra media, en el tocador...

Soledad. A ver si llegan Olegario y Pepe, antes de que termine.

Carm. ¡Habría que oir a *D. José!*

Soledad. ¡Mira! (Indicando la escalinata por donde desciende la famila.) Aquí salen ya estos señores, (Sole, se levanta.) ¡La plana mayor!

ESCENA IV

Dichas, D.ª ASCENSIÓN, D. HORTENSIO y D. LUIS,

D. Hort. Muchachas... ¿y Pilar? ¿No está con vosotras?

Soledad. No. Al volver de la era, vino a casa a arreglarse. Nosotras nos quedamos en el invernadero...

D. Hort. En el palacio de cristal, como le llama la tía.

D.ª Asc. Sí, parece...

D. Luis. Ojalá estuviera ahí, el de Barcelona: Guinjol, 3.

D.ª Asc. ¿Algún saloncito?...

D. Luis. No. (Irónicamente.) Un museo de escultura...

D. Hort. Habréis corrido y charlado, como si hiciera un mes que estáis juntas...

Carm. La charla sí fué larga y aunque anduvimos mucho, aún no hemos andado por los jardines... Hemos estado ayudando a los segadores.

Soledad. Más de cien gavillas hemos formado.

Carm. Nos adeuda mi tío un buen jornal. También trillamos algarrobas...

D. Hort. Se os pagará en bombones.

D. Luis. ¡No querrían igual pago los pobres trabajadores!

D.ª Asc. (Con impaciencia.) Nos estamos entreteniendo demasiado, creo debiéramos andar ya al encuentro...

Carm. (A Soledad.) A ver si la joven coquetona terminó su toaleta, ¿vamos a llamarla?

Soledad. Sí.

D.ª Asc. Marchad y venid enseguida. Nosotros vamos andando, dándonos un paseo por la carretera...

Carm. Bueno, mamá. (Vánse.)

D.ª Asc. (Levantando la voz.) Enseguida, ¿eh? No vaya a fracasar la ovación que he iniciado...

D. Luis. Sí, porque si no tendría que aplaudir, cacheteándome los carrillos, cuanto más fuerte más contenta mi mujercita y... más dolor para mí.

D.ª Asc. Bien que merecías.

D. Luis. Descuida mujer, descuida. Aplaudiré hasta tener las manos como un pelotari a los cincuenta tantos...

D.ª Asc. ¡Quítate de ahí, informal!

D. Luis. (Unicamente por castigo de una gran informalidad la tengo que aguantar.)

D. Hort. (Que ha estado mirando por diversos lados, separado del matrimonio.) ¿Y los viejos?... (Llamando alto, hacia la derecha.) ¡Eh, señor José; señá María!.. (Viendo venir a ésta por la izquierda. Más alto.) Abuela, vamos.

ESCENA V

Dichos, la señá MARIA y ROSA.

D. Hort. Vamos, señá María, a recibir al nuevo ingeniero.

D.ª Asc. A darle muchos vivas y muchos aplausos.

Señá M.ª (Algo emocionada.) A darle muchos besos y muchos abrazos, sí que voy.

D. Luis. (Te fastidió, por el ruido, bofetadas te hubiera gustado más.)

Señá M.ª Estaba dando a Rosa las últimas disposiciones. Con estas chicas d' ahora, hay que estar siempre, diciéndolas *a* por *b* too lo que han de hacer.

D. Hort. Y el viejo, ¿marchó ya?

Señá M.ª Marcharía. De madrugada hubiá querío marchar. Le convencí de que acaso pasaran por su lao volando y ni le vieran ni le oyeran con el ruido de las calderas... (Todos se ríen.)

D.ª Asc. (Impaciente.) ¿Vamos?...

Señá M.ª Andando, andando se hubiá ido hasta los propios Madriles.

D. Hort. Pues andando, andando, nosotros; ¡vamos! (Salen todos, menos Rosa, por el lado derecho.)

ESCENA VI

ROSA, mirándoles marchar. Luego las tres señoritas.

Rosa. *A* por *b*, *a* por *b*,... Esa mujer me tiene ya hasta el cogote. ¡Qué manera de mandar! Y que no cierra el pico. Too el santo día arreándome como a una burra. ¡Qué diferencia a la señorita. No se mete en na. Too la paece bien. De balde serviríala con gusto de no ver a esa señá mandona. ¡Lástima no se vea en esta casa más que por los ojos viejos!... (Llenos de algazara, descienden los pocos escalones, las jóvenes señoritas.)

Pilar. ¿Queréis dejaros de tonterías? Bonitísima bonitísima, lo sé...

Todas. ¡Ja, ja, ja!...

Pilar. (A Rosa.) ¿No viene Ud. a aumentar el número?...

Rosa. La señá María me encargó estuviá por aquí...

Soledad. Sí, sí, cuando ella lo ha mandado...

Carm. Vamos, vamos... A ver quien llega antes a las personas formales... Poneros en fila. (Con el pie en el suelo, hace como si señalase una raya, desde donde han de partir.)

Pilar. A la una, a las dos, a las... (Salen corriendo.)

Rosa. (Mirándolas marchar.) ¡Como corren! Acaso en busca de la felicidá que les puea dar los señoritos que llegan... (siéntase en el banco pequeño.) pero son dos y ellas tres, y como hay ya pareja, en busca de uno, corren dos. Una se quedará sin ná, como yo o peor, porque siquiera no corro... ¡como no corran por mí! (Queda pensativa.)

ESCENA VII

ROSA y D. LUIS.

D. Luis. (Llega con sigilo, para no ser visto ni oido por Rosa.) (¡Diantre de locuelas! No me vieron, sin darme tiempo para esconderme.) (Con un pañolito que en la mano traerá, límpiase el sudor y haciendo mímica de deseo, siéntase en el banco donde está Rosa, pellizcándola en un brazo.

Rosa. ¡Ay!

D. Luis Sí. *Hay* una persona que está perdiendo el seso por tí. (Rosa hace intención de levantarse.) No te levantes. Cabemos los dos muy bien en este banco. ¡Ocasión mejor!

Rosa. (Para sacarle los cuartos.)

D. Luis. (Con curiosa alegría e inspecionando alrededor.) No hay nadie, nadie...

Rosa. Pero señorito, y a mí qué...

D. Luis. (Con interés.) Es que ahora, aquí, distante de todos y particularmente del carabinero de mi mujer, necesito oir de tus labios, que accedes

a todo cuanto yo quiera..., aun a cambio de todo lo que pueda...

Rosa. ¿Y a qué, tanto contrabando, señorito?

D. Luis. A que al lado de ella me encuentro desgraciado y al tuyo... no. Me rejuvenezco. Contigo se me quitan de encima, los años que tiene mi mujer.

Rosa. No es Ud. viejo...

D. Luis. ¿Sin los de mi mujer?... ¡Ay, Rosita, Rosita! No me des esperanzas, porque... (La abraza, ella déjase muy resignada y con muchos mohines.) empiezo a agradecértelo... (Mira hacia donde marcharon todos.)

Rosa. (Si todo el agradecimiento fuera así, ¡qué empujón!...)

D. Luis. Iban delante... Mi *Chón* hablando como un nervioso orador de mitin, ¡muy entretenida! y ya ves, he aprovechado estos momentos, para venir a verte, para ver de conseguir me quieras un poco...

Rosa. (Seria.) ¡D. Luis!

D. Luis. Un poco. Una miaja así... (Indicando con el pulgar, media falange del dedo índice.) Decídete. Díme, volveremos a estar solos como lo estamos ahora...

Rosa. (Picaresca.) ¡Acaso!...

D. Luis. (Restrégase las manos de contento y se levanta.) Bueno Rosita; Rosita de Alejandría, mil veces buena y mil bonita. ¡Marcho!... Déjame coger un poco gasolina de tu querer, (Ella impide la

abrace.) que llegarán lejitos... (Hácele signos negativos ya puesta en pie.) Bueno. Adiós. (Marchando por donde vino.) ¿Me habrá echado de menos...?

Rosa. ¡Qué viejo tan ridículo! Por mí corrían, pero para qué. ¿Qué pretenderá de mí? No quiero pensarlo. Sólo he de procurar, ya que en ello se empeña, sacarle algún dinero pa madre que ya seis meses está en el hospital. ¡Porque una sea pobre, va a creerse ese señor compraor de mi persona, como si fuera un juguete! No se apartará de mí la honradez que mis padres por toa herencia me dejan, pa formar parte de ese monstruoso bazar humano, que desde pequeñita le temo con extremecimientos de horror. ¡Un viejo!... Ni un pobre joven. ¡Casaos, sí!... ¡Mi sueño! Un mozo trabajaor, con juventú alegre, con hombría de bien, con brazos prontos p'al trabajo... ¡Oh, sí! Pero sin casorio, por un puñao de pesetas... eso si que no. Más... un puñao de pesetas, vaya si le saco a ese abuelo de D. Romeo de Julieta... y sin conseguir más que lo que acaba de conseguir. Y, ¡cómo me agradecerá madre la primera visita que la haga! La contaré tóo y la llevaré un extraordinario! (Pausa. Mira a la derecha.) ¡Ah! Paece que vienen. Sí. Ya entran. ¡Pobre señorito Olegario, no le dejan andar! (Marcha lentamente, mirando con interés por donde llegan. Sale por el foro, izquierda.)

ESCENA VIII

Entran todos, contentos, viniendo OLEGARIO con un brazo colgado al cuello de su madre, formándose la escena con los personajes en este orden de derecha a izquierda: PILAR, PEPE, CARMELITA, SOLEDAD, D. HORTENSIO, OLEGARIO, la señá MARUJA, el Sr. JOSÉ, D.ª ASCENSIÓN y D. LUIS.

Oleg. ¡Bastante, por Dios! Basta, no es para tanto. Recibimiento más alegre y cariñoso, pocos habrán recibido.

Pepe. (Con cierta importancia.) Yo, amigo de muchos años del nuevo ingeniero, quiero dar el último viva del recibimiento. (Alto.) ¡Viva el ingeniero de...!

Todos. (Alto. Sin terminarse.) ¡Vivaa...! (Se forman tres grupos, fáciles de componer con los personajes en escena.)

Oleg. Esta llegada constituye el mayor y más sincero éxito de mi vida. ¡Son Uds. tan buenos!

D. Hort. Todo mereces.

Soledad. Sí, sí.

Señá M.ª Sí, el primero, el más listo de toos los que han acabao. (Pausa.) Si hubiás visto, hijico, la alegría que hubo aquí al recibo del telegrama...

Oleg. ¿A qué hora llegó?

D. Hort. Le trajo ya de noche, el que tenemos para la leche, en la tartana, a las ocho y media o las nueve...

Sr. José. El amo mandó dejar al día siguiente el tra-

bajo y si vieras la fiesta...; hasta hoy, después de tantos días, le durará a alguno el vino en el cuerpo.

Oleg. ¡Madre! ¡Carmelita! ¡Sole! (Continúan en animada conversación, en voz baja.)

Pilar. (A su novio.) Que no me convences. Pudiste venir ayer con nosotros.

Pepe. (A Pilar.) No sé las veces que he repetido ya las causas. ¡Qué excéptica!

Pilar. (Como mimosa ofendida.) ¡También insultos!... Alguna enfermedad...

Pepe. Pero, mujercita mía, si quiero decirte no crees estas verdades que estoy diciendo. Enferma... acaso estés del corazón. ¡Tanto querer!...

Pilar. (Con mimo.) ¡Tontón!

Pepe. Tontona. ¡Rica tontona! (Siguen los arrullos por lo bajo.)

D. Luis. (Al recibir una puñada de su señora y en el mismo momento que termina Pepe.) ¡Bruta!

D.ª Asc. Indecente, mal marido.

D. Luis. Pero como decirte tuve que hacer un alto en la marcha... No tardé... ¡Estas comidas!...

D.ª Asc. Acaso la criadita esa... *Rosa*. Sí, sí. ¡Claro! Quedaba por aquí sola y... vendrías a decirla cuatro gansadas. A lucir tus habilidades de ganso inmoral...

Pepe. (A su novia.) Para tí sola. A tí siempre.

D. Hort. Bueno, bueno. Ya hablaremos de todo. Ahora a descansar un poco, Olegario, y después al almuerzo.

Soledad. Traerán apetito con la larga caminata. A nosotras se nos ha abierto también. Desde las cinco, hemos estado dando vueltas por todos lados y ¡trabajando!

Carm. Además tendrás deseos de quitarte esa ropa y ese polvo que has robado a la carretera...

D. Luis. (A su mujer.) Escucha lo que dicen. ¡Déjame!

Oleg. Sí, deseo lavarme... ¿y tú, Pepe?

Pepe. (Que estaba muy entretenido con Pilar.) ¡Ah! No. Después de un poco.

Carm. Está muy ocupado ahora...

Oleg. ¡Cuéstame tanto, separarme de los que también me han recibido!

D.ª Asc. (Que ha oído esto último.) Y eso que no han venido los mozos del campo, que si tu padrino...

D. Hort. Hubiera sido mucho jaleo. No está descontento de su llegada. Así es que...

Soledad. ¿Pero no marchas, Olegario?

Oleg. Sí. Vuelvo pronto. Padre ¿me acompaña?

D. José. Bueno.

D. Hort. Luis, ¿jugamos otra partidita?

D. Luis. (Irónicamente a su mujer.) ¡Si quiere Chonines!...

(Vánse por la escalinata los cuatro.)

D.ª Asc. Qué, seña Maruja, extrañará Ud. la casita blanca.

Señá M.ª ¡Ya lo creo! Seis días hace la hemos aban-

donao y paece nos ha quitao algo de alegría... ¡No la hay mejor!

D.ª Asc. ¡Sí! Es muy mona.

Señá M.ª Con una vista... Se domina toa la propiedad del amor, la era paece cogerse con la mano... se ve un mu largo de la carretera y allá en lo lejos, las casucas del último barrio del pueblo, los campanarios, las dos chimeneas de fábricas.., Mucho, mucho, una vista mu guapa.

D.ª Asc. Había muchas flores allí, el año pasado.

Señá M.ª Y éste. Cercáa de jaras está. Entre el olor de las flores a miel y el olor a tomillo, ensancha una los pulmones pa tragar más aire rico.

D.ª Asc. ¿Vamos a subir?

Señá M.ª Sí, señora; vamos. Tenía que ir precisamente por algunas cosas...

D.ª Asc. (A las chicas que en el banco grande estarán sentadas.) Vamos a la casita blanca. Bajamos enseguida.

Soledad. No tarden. Hay mucho apetito hecho y se está haciendo más. Pronto estará el almuerzo.

Señá M.ª No. En un santiamén de vuelta. (Salen.)

Carm. Más guapo, sí. Está más grueso. Es decir, menos delgado, porque cuidado que con sus estudios adelgazó..:

Soledad. Y más elegante. (Pausa.) Le he notado más formal, acaso menos expresivo...

Carm. Pobre hombre, si no le hemos dejado hablar.

Pepe. (Está de charla animada, a la derecha, de pie.) Pero

mujer no hace una hora llegué y te has enfadado y contentado tres veces...

Pilar. ¡Claro! Lo que tú quisieras, era que no variase... Que estuviera siempre enfadada.

Fepe. ¡Pilar!...

Pilar. Si. Así podrías hacer el amor con más desahogo a una de esas que te ponen verde y con razón...

Pepe. ¿Yo? ¿A mí?...

ESCENA IX

Sale OLEGARIO ultimando la colocación de su corbata. Pónese detrás del banco, apoyándose en él, entre SOLEDAD y CARMELITA.

Oleg. Siempre hablando de flores.

Soledad. Siempre.

Carm. No. De amores también.

Oleg. Celebro vuestro tema. Las flores aroman nuestro olfato y el amor es el aroma de nuestra alma. Gustáis de bellos placeres. Mas, cuidado con las espinas del amor. Emponzoñadas que matan las hay...

Soledad. Discurres y hablas con lógica.

Oleg. La lógica deductiva del vivir, del examen que hacemos de quienes tratamos, diferente de metafísicas impresas...

Carm. Según tú. Es más positivo el roce de las gentes que el de las páginas...

Oleg. Así creo.-De ello me convencí. (Pausa.)

Soledad. (Mirándole fijamente, enamoradamente.) ¿Te acordabas mucho de nosotras, en Madrid?

Oleg. Erais *el aroma de mi alma* ¿Y vosotras?

Oarm. Nosotras, mucho también, y muy especialmente ésta.

Soledad. Dí que las dos. Pero no vayas a ponerte orgulloso por tan poca cosa... y marchar con los señores al billar...

Oleg. Orgullo me da lo que decís; mas no queriendo tú mi marcha... (Carmelita empieza a inquietarse, empieza a celar.)

Soledad. ¡Hombre! Acabas de llegar... pero si quieres...

Oleg. Mejor que en parte alguna estoy aquí. ¡con mis dos hermanitas tan bellas!

Carm. ¡Caramba! Qué galante el Sr. Ingeniero.

Oleg. ¿Galantería? Sois muy guapas, muy bellas, muy bonitas. (Pausa.) A ver, las dos al mismo tiempo, abrir mucho los ojos (Con interés vuélvense hacia él, completamente, figurando obedecer.) No les hay. no puede haberlos tan lindos. Miradme otra vez. Otra vez más. (Ellas hácenlo.)

Pilar. (Que ha observado algo esta conversación por interrupción de la suya con Luis.) Hijos, qué enamorados estáis, dijérase érais novios!... Si Olegario se volviera par...

Oleg. Uno soy, pero mejor que dos acaso pudiera querer. Así es que...

Pilar. ¡Ja, ja, ja! (Riendo. Continúa charlando por separado.)

Soledad. (Semicelosa.) Es verdad. Estamos como novios.

Carm. No sé por qué. (Larga pausa.) Dínos, ¿no has tenido alguna novia por la corte?...

Oleg. En ningún sitio. Nunca tuve, más, vosotras dos... habéis sido siempre como componentes de un sólo ser que yo quería, que yo imaginaba una novia, de quien todos sentíanse enamorados y... ¡claro! yo también.

Soledad. ¿Quién aportaba más líneas en la formación de esa figura?

Oleg. Imposible darte respuesta. Estábais tan íntimamente unidas, tan confundidas, que fuera difícil encontrar un rasgo tuyo o una sonrisa de Carmelita.

Carm. Os dejo. Perdonad. Pilar ¿vienes adentro conmigo un poco?...

Pilar. (Separándose de su Luis.) ¿A qué?...

Carm. Ya te lo diré, mujer.

Pilar. Bueno. Así tendrá este un poco tiempo para asearse y hasta si quiere, jugar unas carambolas.

Pepe. Sí. Es una mesa como no he encontrado otra.

Oleg. (A Soledad.) De barata. Es donde únicamente no le importa perder. (Vánse los tres. Olegario se sienta.)

ESCENA X

SOLEDAD y OLEGARIO

Oleg. ¡Sole! ¡¡Solita!! (Pausa)

Soledad. Por fin terminaste tu larga carrera.

Oleg. ¡Ya ves!... pero no sé por qué, no estoy tan contento como debiera.

Soledad. ¿Qué?... No te ha gustado nos haya dejado Carmelita.

Oleg. No, mujer.

Soledad. (Con verdadero interés.) ¿Cuál puede ser la causa?

Oleg. No sé, no sé; pero debería estar saltando, como de chico saltaba, besándoos a todos...

Soledad. (Con cortedad.) A propósito de besos... Me hiciste daño antes. ¡Qué loco!

Oleg. Dí, qué entusiasmado. Tantos deseos tenía de veros a todos, que no sé siquiera como y a quien he besado.

Soledad. (¡Oh, Dios!) (Pausa.)

Oleg. Pero, ¿acaso no te ha gustado...?

Soledad. (Con expontaneidad alegre.) ¡Al revés!... (Qué digo!...)

Oleg. Bendita seas, nena mimosa. (Pausa.) No preguntas por nada.

Soledad. ¡No comprendo...!

Oleg. ¿No tenía que traer?...

Soledad. ¡Ah, la Victoria Regia!...

Oleg. Sí. Ya me extrañaba tu olvido por tus más queridas joyas... Traigo tres semillas.

Iguales a tres guisantes. Ya verás, ya verás, qué plantas tan hermosas. Va haber que agrandar el invernadero que hicimos o que ayudamos a hacer. (Silencio.) Pero noto Sole, no te pones tan contenta como cuando te traje otras...

Soledad. ¿Por qué, no? Es que estoy casi cansada de alegría por el recibimiento...

Oleg. Digno de un grande hombre.

Soledad. Y de tí. (Pausa.) ¿Dónde irás destinado?

Oleg. Solita, no sé. Todavía... El escalafón está tan mediano... Algunos meses tienen que pasar. Unos amigos que tienen familia en Australia, en Tasmania, los únicos españoles, acaso allí residentes, me animan mucho... Dicen puedo ir colocado a una mina de estaño, pero...

Soledad. Pero como eso estará muy lejos, muy lejos, no irás ¿verdad?

Oleg. La Tasmania es encantadora; centenares de Australianos fatigados por los vientos tórridos y centenares de Ingleses de la India y de la China, debilitados por el trópico, acuden a ella para disfrutar la alegría, frescura, humedad y placidez de la isla...

Soledad. (Con interés.) Pero como aquí no hay vientos tórridos, ni trópicos... no estás ni fatigado, ni debilitado por ellos, y por tanto no tienes necesidad de ir y no vas ¿verdad?

Oleg. ¡Caramba con Lolita, sí me quiere!

Soledad. ¡Ya lo creo! Tan lejos, tan lejos...

Oleg. ¿Si hubieras tenido un hermano *de veras*, me querrías lo mismo?

Soledad. Lo mismo... o más, porque *acaso* fuese con cariño distinto... (Pero, ¡Dios mío! empiezo ya las confesiones indiscretas...) (Silencio.) (Quédanse mirándose.) ¿Tan lejos desearíamos marchar?...

Oleg. (Con cariño.) Desear, no. Desear sería fuéseis todos y transportar, mágicamente o como fuera, pero transportar, esta finca; estos jardines, aquella casita (Indica la altura del lado derecho.) tan bien enjalbegada, tan limpia como la conciencia de los pobres viejos que la habitan; transportar el orgullo de tus cuidados, tus flores de agua, todo, todo, hasta estos granos de arena que huellan nuestros pies... Comprendo lo imposible. No puedo *desear* marchar, pero comprendo lo conveniente, lo ventajoso... En pocos años haría un buen capital...

Soledad. (Reprochando con altivez.) Sepárate... y ¿por conveniencias sociales?...

Oleg. (Con alguna dureza.) ¿Qué dices, hermana?

Soledad. Nada. Perdóname. (Llora.)

Oleg. ¿Lloras? ¿Por qué, mujer? (Ella se levanta con intención de marchar.) No marches.

Soledad. (Desdeñosa.) Déjame, déjame, tengo que hacer por ahí, déjame. (Váse por la escalinata).

ESCENA XI

OLEGARIO, luego CARMELITA. (Apoyado en la balaustrada, mira por donde marchó SOLEDAD).

Oleg. ¡¡Conveniencias sociales!! ¡Por egoismos dejar mi familia, mis protectores!... Mal me conoces, hermana. No merecí tal reproche, dicho tal vez, por un cariño que teme perder su objeto. Sí, debes quererme. Y ¿yo?... Yo os miré a las dos, vuestros ojos, quise despejar la incógnita de mi querer, y me fijé, me fijé largamente, con descanso en ellos. (Pausa.) Ellos resolvieron mis dudas, desvanecieron las confusas imágenes y se destacó el alma querida, la espiritualidad de *mi* Carmencita. ¡*Mi!* Imposible. (Pausa) No me pertenezco. ¡Cómo iba a ser duradera la verdadera alegría en el vivir! Hace un momento, sentía la emoción intensa de vivir la vida dichosa, llegué hasta las puertas de lo grande... Todas abiertas, pero ¡cómo penetrar por una sola! ¡Ay, padrino, padrino! Amo eres de mis ideas, pero mis sentimientos, mis sentimientos, son míos. Elevaste mi cerebro cercano de la verdad, elevé mi corazón a las alturas del amor... Derrumbamiento fatal, se desenlaza. ¿El amor

estará lejos de la verdad?... ¡Sole, Solita! Mi hermana del alma. Mi hermana, ¡sí!

Carm. (Asomándose á un balcón. Habla quedo por no ser oída de los de dentro.) Olegario, Soledad subió muy triste. No me explicó nada. Mas algo preveo...

Oleg. Llorando separóse de mí.

Carm. ¿Por qué?

Oleg. Por el proyecto de marcharme a la Tasmania a dirigir una explotación minera.

Carm. No me extraña, entonces. Acaso yo tambíen llorase.

Oleg. (¡Bendita seas!) (Largo silencio.)

Carm. (Con tono misterioso.) Está así... como enamorada.

Oleg. (Como si no entendiera.) ¿Enamorada?... ¿Y de quien?...

Carm. Muy fácil sea por tí.

Oleg. ¿Por mí?

Carm. ¿Cáusate extrañeza?

Oleg. ¡Tanto!

Carm. Creí habrías adivinado...

Oleg. ¡No!

Carm. Mi tío debe tener algunos propósitos bien arraigados.

Oleg. ¿Propósitos de qué?

Carm. No sé, no sé...

Oleg. Dímelo.

Carm. No sé... *acaso* quieran casaros...

Oleg. ¡Oh, Dios!

Carm. ¿No te alegra?...

Oleg. Si. Mucho.

Carm. No parece... Con placer creí, recibirías estas nuevas...

Oleg. Sí, con placer...

Carm. Eres bueno. Mal disfrazador de sentimientos.

Oleg. Si yo...

Carm. ¡Mira! Nuestras madres llegan. Ya hablaremos a solas. Subir pronto a almorzar.

Oleg. Bueno. (Carmelita cierra el balcón o ventana.)

ESCENA XII

OLEGARIO. D.ª ASCENSIÓN y la señá MARÍA. (Entran éstas por la derecha. La primera traerá en la mano algunas flores, tomillo... La segunda *envueltos* pequeños.)

Señá M.ª Hijo, tú aquí solo y tan triste?

D.ª Asc. Juraría que habías llorado.

Oleg. No. Todavía, no. ¡Tengo tanto tiempo para ello!

Señá M.ª ¿Qué te pasa? Cuando a tóos nos llenas el alma de alegría, tú te pones a sufrir como un desgraciao...

Oleg. !Ojalá a todas las almas queridas las hubiera hechido de contento! Pero, no. Y lo peor es, veo extinguirse en la mía los últimos resplandores de felicidad. Mal puedo completar de alegrar las otras!

D.ª Asc. Explícanos, explícanos lo sucedido.

Oleg. (Con tristeza.) Lo sucedido, fué mi vida toda, y lo por suceder, el resultado de ella.

Señá M.ª Dinos claro, hijo, lo que pasa.

Oleg. No debo decirlo a nadie. (Como hablando congo. Sin importarle ser oído. Despuès de una pausa.) «En las negruras de la noche, trabajan las abejas; el pensamiento es más potente, es más bello en el silencio y en el secreto, es verdadero el sacrificio. ¡Cosas del alma de la vida!

Señá M.ª (Como queriendo encontrar el hilo...) Quedaste hablando con Soledad y Carmelita, ¿tendrán ellas la culpa?...

Oleg. Las dos son motivo de mi angustia, sin tener de ninguna el menor resentimiento. Son buenas conmigo. ¡Quisiera con ellas serlo!

D.ª Asc. (A la señá María.) Tan alto subimos que no pudimos observar lo que por aquí pasaba...

Oleg. Las ruego no hagan indicación de ninguna de sus sospechas. Aumentaría mi dolor.

D.ª Asc. Qué, ¿vamos a ver si nos dan de almorzar?

Oleg. Sí, vamos. (Vánse por la escalinata.)

Señá M.ª (Que ha quedado la última en la pequeña escalera.) ¡¡Pobre hijo mío!! (Telón rápido.)

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO



ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de D. Hortensio.—Al foro, y en su centro, puerta; a los lados, balcones.—Puertas laterales.—Muebles de valor, aunque delatan moda pasada.—A la izquierda, sofá y butacas. Varias sillas y cuadros. Reloj.—Han pasado tres días.—Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

D. HORTENSIO y D. LUIS.

D. Hort. (Aparecerá D. Hortensio sentado en una butaca y su cuñado paseando por la habitación.) Sí, por lo menos será una regular cosecha.

D. Luis. De decir regular, ya superará a la de hace seis años. Hasta *vosotros* los labradores ¡estábais contentos!...

D. Hort. En verdad, fué abundante. Sin abonar y sin terminar el pozo artesiano, recogí acaso lo que este año no recoja.

D. Luis. ¿Y qué tal el pozo? ¿Sirve sólo para dar vida al estanque-jardín?... ¿Estás pesaroso?...

D. Hort. No. Es el mejor gasto que he podido hacer. Con agua y abonos asegúranse las cosechas.

Las tierras no piden otra cosa. Contentísimo estoy.

D. Luis. Me alegro.

D. Hort. Si hubiera en nuestra pobre España, muchos canales de riego, muchos pozos artesianos y mucho entusiasmo por los abonos, otra sería nuestra suerte.

D. Luis. De no tirarme tanto *las distracciones* de la ciudad, terminando los contratos con los colonos, dedicaríame a la Agricultura o a la *Pocicultura* por darte más gusto.

D. Hort. ¡Tú labrador!

D. Luis. Pero me gusta más asistir por las noches al *Ideal Couplet*. ¡Vaya unas chicas! Las hay preciosas, desconocedoras, ¡eso sí! de verbos terminados en *ar*, como cantar, bailar,... pero que tías para los en *er*, beber, comer...

D. Hort. Fuerte estás en clasificaciones.

D. Luis. Donde ellas están fuertes, es en la mímica. ¡Lo que dicen, cuando no dicen nada!

D. Hort. Bueno, bueno. ¿Sentarás esa cabeza de colegial adinerado? ¿Serás incorregible?

D. Luis. Seré siempre en pensar que la *Lunarito*, vale más, mucho más que tu cuñada. Por cierto que el lunar, no le enseña más que a los elegidos. Deseo hacer comparaciones...

D. Hort. Déjate de chirigotas.

D. Luis. ¿No vale más hablar de una buena mujer (Con afectada e irónica seriedad.), que hacerlo de la

terrible luna de Marzo, de esa luna que, según tú...

D. Hort. ¡Cállate, cállate!

D. Luis. Que según tú... tiene culpa de las heladas que abrasan los brotes de los frutales y pone maltrechas las cañas de los trigos en los años en que las primaveras se adelantan...

D. Hort. ¡Vaya, vaya! No estoy para bromas de ese género. Me preocupan mucho cosas muy serias, lo que tan fácil creí respecto al matrimonio de mi hija y, ya ves, no haces ni pizca de gracia...

D. Luis. Eso si es una broma. (Pónese serio.) ¿Dudarlo? Tu hija se casará con Olegario. No faltaba más!

D. Hort. No sé por qué, pero Soledad está tristona desde hace tres días que llegó él.

D. Luis. (Intencionado.) Tristona, porque acaso haya estado tan papanatas como tú, sin decirle *esa boca es mía...* (Pausa.)

D. Hort. Vendrán aquí los viejos. Esperaba fuesen ellos los que me hablaran del asunto... Pronto es, pero quiero cuanto antes dar solución...

D. Luis. ¡Qué grave te pones! Marcho, marcho.

D. Hort. ¿Dónde vas?

D. Luis. A la cocina. No creas... Curiosidad nada más. A ver qué vamos a cenar esta noche en la era. En la bien mullidita parva, con el sano olor del trigo, a la luz de la luna...

D. Hort. Anda, anda, y... ¡cuidado! (Váse D. Luis.)

ESCENA II

D. HORTENSIO, luego los viejos.

D. Hort. Envidio su carácter chacotero. No fija su atención en ninguna cosa formal. (Pausa.) Él no hubiera notado la preocupación de Soledad. (Nueva pausa.) ¿Qué será? En fin, pronto saldré de dudas. (Entra el viejo matrimonio, por la pueria del foro. Dirigiéndose a ellos.) Así me gusta. ¡Siempre puntuales!

Sr. José. Siempre dispuestos a que el amo no tenga de reconvenirnos por náa...

D. Hort. Muy bien. Siéntense. (Lo hacen.) Vamos a charlar un poco. ¿No adivinan ustedes de qué?

Señá M.ª ¡Vaya! Tan gran adivinanza he d'ello, que estoy convencía de lo que se tratará...

D. Hort. ¡Tanto mejor! Menos palabras necesitaremos. Yo quisiera...

Sr. José. Dar a nuestro hijo entavía más, mucho más de lo dao, lo mejor que conceérsele pué...

D. Hort. ¡Está usted al tanto, también! Cáusame, pues, extrañeza verles caras compungidas...

Sr. José. Mú contentos podemos estar. De no ser así muchaza fuea nuestra engratitú.

D. Hort. ¿Por qué si están conformes con mi idea, están tan respetuosos y tristones?

Señá M.ª No sé, no sé...

Sr. José. ¡Cosas de ésta!

Señá M.ª ¡Sí, cosas mías!

Sr. José. Las mujeres tien un moo de pensar...

D. Hort. No lo crea usted. Las mujeres tienen un juicio más aplomado que nosotros. Ven en las cosas únicamente lo que hay de real, de verdadero en ellas. Al paso que nosotros, por muestra mayor imaginación penetramos más, buscamos un más allá... y a veces encontramos fingidas quimeras.

Señá M.ª ¿Ves como too lo que decimos nosotras sale?

D. Hort. Bueno. Pero también se equivocan como nosotros. (Pausa.) Digo, es ya ingeniero Olegario y como tal hay de reconocerle sus muchos méritos.

Sr. José. Si no sería por usted no tuviera ninguno, más que el de ser buen obrero.

D. Hort. Obrero de la inteligencia es. Buen muchacho, y yo le quiero como á un hijo.

Sr. José. } ¡¡Ya lo creo!!
Seña M.ª }

D. Hort. Recordarán, hace años les expuse, con todo género de reservas, mi propósito de casarle con mi hija. Alegría les produjo.

Señá M.ª Sí. Y a mí me paecía como uno de esos sueños que agoran bienestares, pero que en despertando aluego, hacen la vida menos rica. ¡Vía tan lejos el acabo de su carrera largona!..

D. Hort Soledad contará muy pronto, en Santiago,

veintidós años y creo quiere, cual se merece, al bueno de Olegario.

Sr. José. Y nuestro hijo de seguro tamién la quié. Nunca tuvo amoríos en el Madrid, que icen allí andan tóos los mozos amoriscaos...

D. Hort. Queriéndose los chicos, teniendo asegurado su porvenir, estando conformes y contentos nosotros, creo lo mejor, arreglar todo prontamente y antes de que le toque ser destinado en su carrera, hacer la boda... ¿No les parece?

Sr. José. Es usted el hombre más güeno del mundo.

Señá M.ª En el catecismo su nombre debía estar...

D. Hort. (Sin haberse fijado en lo que han dicho.) Esperemos, sin embargo, a que los muchachos con sus deseos den los primeros pasos. Nosotros seguiremos hablando de los últimos, de la boda... por abajo (Levántase y es imitado por el matrimonio.) por el campo, donde se expansiona sinceridad y me explicarán el por qué de esas caras... ¿Vamos?

Sr. José.
Señá M.ª } Sí, sí señor. Vamos. (Marchan por el foro.)

ESCENA III

CARMELITA, SOLEDAD y OLEGARIO.—(Entran por la lateral derecha.—Aquéllas vestirán como puede colegirse en el diálogo de esta escena.)

Carm. (Llamando.) ¡Pilar, Pilar!

Oleg. Nada. Aquí tampoco. No buscarla más, ya vendrá.

Soledad. Acaso hayan emprendido alguna caminata, como ya no calienta el sol...

Carm. Lo siento por mi madre. Harta de aguantar tonterías estará.

Soledad. Verdad, es; no cesan de bobear, parecen repartir envidias. Como si no pudieran quererse nadie más que ellos en el mundo.

Oleg. Es una chiquilla.

Carm. Chiquilla loca.

Soledad. Compadezco a Pepe al variar de estado. Lleva una nulidad en toda regla; ni escogida. Hasta para vestirse, que es lo que más la gusta, necesita ayuda.

Oleg. Ayuda que siendo de Pepe, ampliará a la de desvestirse.

Carm. ¡Caramba, qué cosas dices!

Soledad. Cansadísima estoy. (Siéntase en una butaca de la derecha y siguen de pie, a la izquierda, Carmelita y Olegario. Soledad en un brazo de la butaca se acoda y con la mano cúbrese la frente, con la otra abanícase quedo.)

Oleg. (A Carmelita.) ¿Qué decías antes?

Carm. Que la hablaras más, estuvieses más expresivo con ella, pues está muy abatida, descon solada por tu manera de ser...

Oleg. Pero si yo... basta verla así, para no poder estar tampoco contento, ¡rara cosa es! (Sepárase de Carmelita, al medio de escena. Alto.) Pues... como os decía antes. Las plantas viven y se desarrollan, con más galas y pujanzas, en las

localidades o climas donde su medio hallan. Hay plantas de países lejanos, que en ellos. sin cuidados de manos humanas, producen bellísimas flores y transportadas a los grandes parques de París, Londres... apenas si a fuerza de miramientos, pueden vivir. (Aparte y con dejo sentido.) (¡Acaso las almas están sujetas también al medio!) (Largo silencio.)

Carm. Cuéntanos algo más, Olegario.

Oleg. (Que está pensativo y triste.) ¿Qué queréis os cuente? (Animándose.) ¿Los colores del iris?

Soledad. (Con interés.) Sí, hasta eso nos lo harás entretenido.

Oleg. Vosotras ya sabéis son... siete. Número que me es cabalístico.

Soledad. ¿Por qué?

Oleg. Por los recuerdos tantos que hay de esta cifra: las siete maravillas del mundo, los siete sabios de Grecia, los siete infantes de Lara, las siete vacas gordas y las siete vacas flacas, que anunciaban a Faraón siete años de abundancia y siete de penuria... Pero, perdonad. Es un número que me preocupa, el único superstició que tengo.

Carm. Nunca me había fijado...

Oleg. Los colores del iris... (Fíjase detenidamente en ellas.) vosotras los poseéis y sois sus emblemas.

Soledad. No entiendo.

Carm. Ni yo tampoco.

Oleg. Veréis: tú, Solita. La falda que tienes es *azul*, un color del iris ¿no? Su emblema *nobleza*, y eres *noble* ¡bien noble! ¡Ahí tienes, pues, color y emblema.

Carm. Ya comprendí. Ese ha salido, veremos los otros.

Oleg. En las mejillas *rosa, juventud;* esa cinta del pelo *violeta*, *modestia* y ese país de tu abanico *naranja, elegancia*, ¡vaya si eres también elegante!

Carm. Van saliendo, van saliendo. Fueron ya cuatro, los restantes los tendré yo...

Oleg. Si. Esa esmeralda... es *verde,* emblema de la *esperanza*, la tendrás ¡eh!

Carm. Casi, casi...

Oleg. Ese pañolito *rojo*, *amor,* es su emblema y para Soledad y para mí, problema. ¿A quién amas?

Carm. (Coloreando.) A Dios y al prójimo.

Oleg. Vamos con el último: *amarillo*, como ese collar, emblema de *celos*, esto último no ha salido... tú, Carmelita, no debes saber celar...

Carm. (Pero estoy aprendiendo a grandes pasos.)

Soledad. Nunca quisiste novio, así es que no habría celos. Tampoco posees emblema del rojo.

Carm. Soy española. Roja y amarilla es la bandera; si hace...

Soledad. (¡Yo que estuve por ponerme la blusa encarnada!...)

Oleg. Luego ¿tenéis o no, los colores todos del iris?

Carm. Sí.

Soledad. Sí, sí.

Oleg. ¿Estáis conformes con los emblemas?

Soledad. Sí.

Carm. Diré también que sí, a pesar de mi collar...

Soledad. Pienso en que por ahora hace *siete* años empezaste tu carrera de ingeniero. Me preocupa ya, quisiera saber dentro de otros siete...

Oleg. ¿Quién puede prefijar el porvenir, sino Dios? ¿Quién puede descorrer el velo misterioso, tejido de horas alegres y horas dolorosas y horas de tedio, y ver escenas, acontecimientos que están más allá?...

Soledad. ¡¡Es verdad!!

Carm. (Intencionada). Estaréis mejor que ahora... (Largo silencio. Después óyense voces, sin exageración).

Soledad. ¿No oís voces por ahí?... (Levántase).

Carm. No.

Soledad. (Asomándose al balcón izquierda). Debe ser en la cocina. Oigo la voz de Rosa... Voy a ver... En seguida soy con vosotras. (Hace medio mutis). /o

Oleg. No será nada. Algún mozo de la labranza que buscará agua más fresca que la del botijo de la cabaña y chicolea a la muchacha chillona.

Carm. Sí, ahora oigo yo.

Soledad. Hasta ahora. (Marcha).

ESCENA IV

Dichos, menos SOLEDAD

Oleg. ¡Carmelita, Carmelita!

Carm. Poca gracia debieron hacerle a Sole los emblemas, habiéndola tocado la mejor parte, excepción del *rojo* mío.

Oleg. No fué mía la culpa. Os buscaba nada más el color. Lo demás ya estaba hecho. (Pausa).

Carm. Mi prima, cada vez parece más triste, cada vez debe de estar más... enamorada de tí y menos esperanzada de lo que ella debía tener seguro: de tu cariño.

Oleg. Grande es, en verdad. Yo también la quiero.

Carm. No piensa sino en tí.

Oleg. Yo de continuo igual hago. Pienso en ella y en nosotros...

Carm. ¿En nosotros?... ¿Cómo queriéndola y suponiendo lo que tus padres y el de ella piensan, no te decides a quererla como a tu prometida?

Oleg. Carmelita... La quiero, ya te lo he dicho, aunque es en balde hacerlo, bien se lo merece, pero...

Carm. Pero... ¿qué? Ese *pero* es lo que yo deseo saber.

Oleg. (¡Y yo decir!)

Carm. Pero... ¿amas a otra?...

Oleg. Sí. (Pausa.) Amo con toda mi alma...

Carm. ¿A quién, hombre, por Dios, a quién es?
Oleg. Melita... es a tí a quien yo más quiero en la vida; ya ves, no debo casarme con Sole.
Carm. (No repuesta de la emoción.) ¡Jesús! Pero, y cómo...
Oleg. Sí. Te adoro desde hace infinidad de tiempo.
Carm. ¡Quién iba a suponer! Apenas noté...
Oleg. Casi ni yo tampoco.
Carm. Puede ser una llamarada amorosa que pronto se extinga.
Oleg. (Decisivo.) Acabará cuando yo acabe.
Carm. ¡Dios mío!
Oleg. Hace tiempo preveía mi matrimonio con tu prima. La quería y me era grato pensar en ello. De vez en vez pensaba en ti y sentía también gran placer por realizarlo contigo. En fin, que pensaba en Solita, y mi alma se alegraba; pensaba en tí, y lo mismo sucedía... Hace tres días venía resuelto a asegurarme en mi pasión. Os miré vuestros ojos, y...
Carm. Y por vez primera comprendí me amabas.
Oleg. Nuestras almas fueron expresivas.
Carm. Tanto dijeron, que temiendo desborde, tuve al momento de marchar con Pilar para desahogar un poco... La conté lo que había adivinado.
Oleg. ¿Y te fué grata la relación?
Carm. ¡Algo!
Oleg. Y ahora cuando yo te he hecho confesión...
Carm. Casi de nueva sorpresa me vino.
Oleg. ¿Favorable?

Carm. ¡Sí!

Oleg. Entonces... ¿qué respondes a mi cariño?

Carm. ¡No sé, no sé! Déjame pensar, es muy serio todo esto.

Oleg. Creí dijeras correspondías con igual... Mas tú, a mí, me quieres... me querías algo también ¿eh?...

Carm. Yo veía con sentimiento y alegría vuestra boda, ¡por qué no decirlo!, envidiaba a la pobre Solita.

Oleg. Luego...

Carm. (Aumentando la timidez que ha debido manifestar en este diálogo). También debo quererte. (Largo silencio). No hablar más de esto. Debemos renunciar a nuestro cariño por el de Sole.

Oleg. Hay deberes en el mundo, que si se cumplen bien a pesar nuestro es, y los que incumplidos son, causan nuestros mayores odios, nuestras mayores desdichas...

Carm. ¿Ves? Tú mismo declaras cumplir en matrimonio con ella a nuestro disgusto...

Oleg. Hablaba de deberes, no hablaba de vidas. Si no fuera ya mi vida, el vivir casado contigo, sería un deber, que cumpliría a todo pesar, pero ya ves, es mi vida y mi vida vale más, mucho más, que todas las ingratitudes...

Carm. ¿Y, qué hacer?...

Oleg. Antes de indicarme mi padrino su deseo, exponerle yo el mío...

Carm. (Temerosa.) ¿Y, qué nos dirán?... ¿Qué les parecerá?...

Oleg. Les quiero y les debo muchísimo, pero hasta tal sacrificio no puedo llegar. Mi vida diera por un capricho de ellos, mas ni por su felicidad, diera mi vivir...

Carm. ¡Olegario, Olegario! por qué nuestro enamoramiento si no hemos de poder querernos a la luz del sol..

Oleg. De la luna y de los astros todos. A la luz del firmamento entero... (Dulcificando lo anteriormente expuesto.) Son buenos y en muy breve espacio sabrán perdonarnos, si es que para ellos es delito querernos...

Carm. (Más animosa). No debe serlo. Nos perdonarán.

Oleg. Hubiera marchado a la Tasmania, si no llego a desahogarte mis pensamientos y mis íntimos deseos. Lejos, acaso Soledad, me olvidara y casase con cualquiera, de los muchos que la han pretendido...

ESCENA V

Dichos y el SR. JOSÉ

Oleg. ¡Qué a tiempo llega usted, padre!

Sr. José. A tiempo te encuentro, Olegario, deseaba hablarte...

Carm. (Comprendiendo.) Yo voy a...

Oleg. (A Carmelita.) No. Te suplico Melita, estés aquí.

Carm. (Resignada.) Bueno.

Oleg. Padre, ¿le ha hecho alguna indicación mi padrino, respecto a casarme?...

Sr. José. A casarte con quien estás obligao, deseándolo ellos.

Oleg. Obligación, no. No puede haber nada por inmenso y transcendental que sea, que me obligue a unir mi corazón a otro...

Sr. José. (Con sorpresa.) ¿Pero qué ices, hijo? No amas a Solita?

Carm. Sí, la quiere y mucho.

Oleg. Sí, padre.

Sr. José. Entonces, por qué tantos arrodeos...

Oleg. Porque quiero a otra persona más, porque amo locamente a...

Carm. (Se adelanta hasta Olegario, le tira de la americana y le indica con temor.) (¡No digas que a mí!)

Oleg. (¿Por qué, no?) Porque amo locamente a Carmelita y siendo su deseo la haré mi esposa.

Sr. José. (Desconcertado.) Hijo... (Pausa.) Carmelita es buena tamién. Yo la quiero como a Sole. pero ella misma comprenderá...

Carm. Comprendo señor José, que el amor no debe someterse a agradecimientos, por grandes que ellos sean. Hace un momento recomendaba a Olegario silencio para nuestro cariño; ahora, veo bien claro lo inmenso del sacrificio...

Sr. José. Siendo tanto y tanto lo que al amo debemos, particularmente tú, debías dár gracias al

cielo de que se apresentase una ocasión de poder pagar...

Oleg. Mi vida doy por mi padrino. Mi vida doy por su hija. Mas mi amor es de Carmelita y ni por mi vida, ni por cien vidas que tuviera trocara mi querer.

Carm. (Con tristeza y amorosa.) Señor José.... yo le quiero también muchísimo...

Sr. José. Pero dende cuándo estáis tan enamoricaos que naide lo ha notao...

Carm. Desde hace tres días...

Oleg. No. Desde que empezamos a vivir. Desde que éramos pequeñuelos.

Sr. José. Pues... el amo en esta mesma habitación me acaba d'ecir que quié cuanto antes, arreglar tu boda con su hija, un deseo que de largo venía pensao. (Pausa.) Mirá lo que vais á hacer si llegáis a confesar vuestros amoríos, a la pobre Solita, le costará una enfermedad...

Carm. Bien temo el disgusto y todas los horribles consecuencias, pero... me someto a cualquier solución de Olegario.

Oleg. Les hablaré al alma. Les expondré lo mejor que pueda el sufrimiento que me produce, lo que a ellos debo, y lo que a mí mismo como ser humano, me debo también. Me perdonarán. (Carmelita se separa y mira por el lado izquierdo)

Sr. José. (A Olegario, solo.) Eres ingrato.

Carm. (Desde el lado del balcón.) De los corralones sale mí tío, debe ir al jardín... va por ahí abajo.

Oleg. Marcho a hablarle lo más pronto, no quiero ya ni por un momento tener encerrados mis pensamientos que me hicieran disimular... ¿Vienen ustedes?

Sr. José. No, hijo. No te acompaño. Tú solo debes ecirle lo que piensas, tal vez marrotar tu porvenir.... Sería cómplice de tu proceder, de tu mal agradecimiento.

Oleg. No vuelva a nombrarme tal palabra, padre. Se lo pido. Hasta luego, Carmelita (Acércase a ella diciéndola con entusiasmo.) Hasta luego, mi alma.

Carm. (Emocionada.) Adios, Olegario.

Oleg. Hasta ahora, padre.

Sr. José. Muchismo cuidao, no te digo más.

Oleg. (Desde la puerta izquierda, por donde marcha.) Adiós.

ESCENA VI

CARMELITA y el SR. JOSÉ

Sr. José. Perdona, Carmelita, aconseje a mi hijo...

Carm. No tengo por qué perdonarle. Usted le dice lo que cree debe decirle, así es que...

Sr José. ¡Cuánto siento!... Tú eres tamién mu buena y mu guapa, eres otra Soledad. Cuando eras una chachina me querías más que a tu padre ¡le daba más envidias!

Carm. Mucho le quiero ahora también.

Sr. José. ¿No ejarás quererme por esta cuestión?...

Carm. No, siempre será usted el mismo para mí.

Sr. José. En sabiendo eso, contento pueo marchar a ver a la gente... ¡Como no se esté encima!...

Carm. Hasta luego, Sr. José.

Sr. José. Adiós y... perdona, perdona aconseje al mi chico... (Sale por la puertu izquierda.)

ESCENA VII

CARMELITA, sola.

Carm. Grave en verdad es nuestro caso. Cualquier solución me causará tristeza. ¡Pobre prima mía! (Pausa.) Ella que siempre creía... y no cabe duda, a la que siempre ha preferido ha sido a mí; bien lo demostraba en todas ocasiones... y ahora ya se ve, chifladísimo y yo... y yo también algo, únicamente por ello soy capaz de poseer esa dulce felicidad que creemos ser de los demás... Tan bueno, una carrera fan bonita... (Pausa.) Sí, siempre me distinguía a mí de pequeña, aunque Soledad no pensará como yo... (Inquieta, mira por el balcón.) ¿Curiosidad de enamorada o curiosidad de mujer? No sé. Mas el caso es, que no puedo menos de bajar a ver si puedo escucharles algo de lo que hablan. En estos momentos se decide mi verdadera felicidad (Váse por la lateral.)

ESCENA VIII

D.ª ASCENSIÓN, D. LUIS, SOLEDAD, PILAR y PEPE. Entran por la puerta del foro.

Pilar. No digan nada a Carmelita. La podemos evitar un disgusto.

Soledad. Aquí la dejé.

D. Luis. ¿Puedo ahora hablarte sin que te sulfures?...

D.ª Asc. ¡Canalla, canalla! Viejo verde! La lengua te he debido de arrancar, así no tratarías de defenderte...

Soledad. (A Pepe y Pilar.) Aprendan las consecuencias desagradables de las infidelidades...

Pepe. Yo prometo...

Pilan. Prometer, no. Jura.

Pepe. Yo juro que... (No sigue por llamarles la atención D. Luis, que grita por haber recibido una puñada de su señora. Todos tres se dirigen á separarlos.)

D.ª Asc. Como a un niño debiera darte, aunque se aumentara el escándalo...

D. Buis. (¿Dónde habré dejado el carácter con que pensaba dominarla? ¡Esto es tener bien puestos los pantalones!)

D.ª Asc. El divorcio, el divorcio he de pedir...

D. Luis. (Alegre.) Le consigues, alegando...

D.ª Ase. ¡Qué más quisieras!

D. Luis. Entonces, ¿por qué le pones a uno los dientes largos?

Soledad. Piensen ustedes, tíos, en Carmelita. Un disgusto inmenso si se entera.

D.ª Asc. Algunos ha sufrido ya la pobre, con el padre que tiene.

Pepe. (A Pilar, que se había separado a charlar por su cuenta.) Haré cuanto quieras ¿y tú?

Pilar. Todo lo que mandes.

Soledad. (Fijándose en las dos parejas e indicándolas según su decir.) Pero, ¡Dios mío! el matrimonio ¿empezará así, para ser luego de esta manera?...

D.ª Asc. Si mi pobre hermana viviera y viese mi desgracia, ella que gozó de tanta tranquilidad y dulzura con su esposo.

Soledad. Todo pasó ya, ¡eh, tiítos!

D.ª Asc. Sí, todo... (Pausa. Luego a D. Luis con tono imperativo.) Vamos.

D. Luis. (Extrañado.) ¿Dónde? (Esta no debe estár satisfecha con los *metidos* dados y quiere hacer nueva edición, pero ¡qué diantre!... una vez tiene que ser la primera. Voy a comenzar a ser un hombre.) (Con idea de dar en lugar de recibir, dice con afectado temor y obediencia.) Vamos... (Salen.)

ESCENA IX

Dichos, menos D.ª ASCENIÓN y D. LUIS.

Soledad. ¡Qué tiíto me ha dado Dios! Estoy helada. Nunca pensé fuera un conquistador de criadas.

Pepe. Es su buen humor.

Pilar. ¿Vas a defenderle?

Pepe. No. Al revés, desapruebo por completo...

Pilar. Así te parecerá ahora. No me fío. Casi todos, de novios, sois lo mismo, y de casados os seguís pareciendo de un modo extraordinario.

Soledad. Siento se haya despedido Rosa.

Pilar. Una buena muchacha. Estaba como asustada, pero cuando nos vió, bien puedo asegurar que se asustó del todo...

Soledad. Muy contenta con ella estoy. Coge una tanto afecto a las personas con quienes vivimos, que dijérase verificarse un recíproco y continuo cambio de sentimientos familiares. El tiempo crea nuestros mayores cariños.

Pilar. Pobre Rosa, la hemos dejado llorando...

Soledad. Debiéramos ir... (Disponiéndose a hacerlo.)

Pilar. Sí, ¡pobrecilla! La pueden abrazar a una sin que sea su deseo...

Pepe. Eso pocas veces sucede... (Como saliera ya Solita, dice esto al mismo tiempo de abrazar a Pilar. Vánse por la lateral izquierda.)

ESCENA X

OLEGARIO, solo.

Oleg. (Entra por el foro, siéntase pausadamente, tristemente en una butaca. ¡Desagradecido! ¡¡Maldita palabra!! ¡Por qué unos necesitarán la ayuda de los otros!

Fué duro e inflexible mi señor padrino, acusóme severamente sin comprender... (Pausa.) Sí, fuí para él una semilla que con cuidados y acertada dirección, llega a producir flores que confortan y embellecen el vivir. (Pausa.) ¡Cuánto comprendo ahora, que me era desconocido! Empiezo a vivir pensando la vida interna... ¡Acaso comience mi dicha verdadera!

ESCENA XI

Entran el Sr. JOSÉ y la señá MARÍA.

Señá M.ª Too me contó tu padre.

Sr. José. Too menos lo que venimos a saber. ¿Qué dijo tu padrino?

Oleg. (Solemne.) *El amo,* púsose como no pensara verle. Cosas desagradables me dijo, las que celebro al darme ocasión de ver claro, en lo mucho que por mí hizo, deduciendo no tener nada que agradecerle. Al quererme a mí, al hijo que la pobreza le brindara, no lo hacía sino a la hija que la naturaleza le otorgó.

Señá M.ª No entiendo. Dí, claro...

Sr. José. Yo sí entiendo; mi hijo no es como nos paecía a toos nosotros, a nuestro hijo los leeres y la vida *turburata* del Madrid, le han transformao lo que tapa su chapeo señoritingo.

Oleg. Piensen ustedes bien. Mi ventura la cifro en Carmelita. ¡Qué más quisiera yo, estár enamo-

rado de Sole, casarme con ella y dar gusto a todos. Pero esto no es y no será... Conque ¿qué dicen?

Señá M.ª Digo eres como no creía. Aunque tu querer sea de una, debes con la otra casarte. Si no lo haces, un mal hijo eres y hasta muy mal hombre.

Oleg. Ustedes tampoco me quieren. También para ustedes era mi vida una satisfacción más en la suya...

Sr. José. ¡Cállate, cállate! Merecías te echaran de esta casa con toas tus cencias...

Señá M.ª Toos han querío, pero más que tú puéas querer, y sin embargo han hecho lo que han debío...

Oleg. Sí. Muchos han sido víctimas de la sociedad. Prefiero yo serlo de la naturaleza, víctima de la especie...

Sr. José. Vamos, vamos, por no oirle hablar de esa manera. Cualquiera dice eres el mismo de hace tres días, cuando entrabas en esta casa, con una obediencia, un cariño, un respeto a toos, dignos de mi sangre, y en tan pocas horas contra los más sagráos pa tí, te rebelas. Vamos, no quiero estar con este hijo que paece poseído del demonio.

Señá M.ª Los libracos esos que no quién a Nuestra Señora del Camino y que icen no hay Dios, le han atontecío sus ideas... Un rosario toas

las noches rezaré por tí a la virgen, pa que te andes por otra varea más cristiana... (Se dispo nen a salir.)

Oleg. ¡Dios mío, Dios mío!

Señá M.ª (Desde el dintel de la puerta.) Menos mal que exclama como yo le enseñé. (Véanse.)

ESCENA XI

OLEGARIO, enseguida CARMELITA.

Oleg. ¿Será por falta de corazón? ¿Será por falta de inteligencia, o será más desgraciadamente por falta de las dos cosas? ¡Quién pudiera descifrarlo! ¡¡Quién había de decirmelo!! (Pausa.) ¿Pero es que no existe el verdadero amor? En Carmelita sí debe encontrarse, acaso sea la única persona que realmente me ama. ¡Cuánto diera por ello! ¡Tengo tantos deseos de hablarla! (Pausa.) Oigo pasos por esa habitación; ¿será ella?... (Mira desde el dintel de la puerta.) Sí, ella es ¡Carmelita! ¡¡Melita!!

Carm. (Desde dentro.) ¡Voy!

Oleg. ¿Tendré igual suerte con esta? (Sale Carmelita hurtándose lágrimas con un pañuelito.) (Pausa.) ¿Lloras?...

Carm. Ya, no. He llorado y me lavé, pero ví me llamabas y comenzaba de nuevo...

Oleg. ¿Por qué lo hacías?

Carm. ¡Olegario!

Oleg. ¿Sabes?...

Carm. Algo oí...

Oleg. ¿Cómo?...

Carm. Íbame tanto en ello que a pocos pasos vuestros caminaba yo, escondida por las flores...

Oleg. Justifico tu llanto, quisiera imitarte. ¡Tengo hasta necesidad de hacerlo!

Carm. Que no nos encuentren juntos; cuando subía por la escalera de servicio, ví a Sole *y a los otros novios...* dirigirse hacia aquí. (Mira por el balcón.) Sí, mira, por allí vienen; parecen sabedores de nuestro disgusto, fíjate qué caras, qué tristes... (Sepáranse del balcón.)

Oleg. Puesto que no disponemos de tiempo y enterada estás de lo sucedido ¿qué dices, Melita adorada?

Oarm. ¡Que he de decir! Que espero todo se arregle, que nos perdonarán...

Oleg. No. Eso no. (Con resolución firme.) Ni yo tampoco perdono. Melita... si es verdadero tu cariño, que sea verdadera nuestra renuncia a la clase actual. (Con cariño.) Nuestra felicidad podemos poseerla, en un hogar pobre pero nuestro, por completo independiente...

Carm. Te comprendo. Más ten en cuenta que mis padres poseen capital suficiente para poder disfrutar nosotros esa independencia, sin necesidad de vida humilde...

Oleg. ¡Ves! No me comprendes. Es renuncia abso-

luta mi deseo. En el porvenir, cuando la ley te conceda esos bienes..., hospitales y asilos hay necesitados de ellos. Los acogidos estarán de enhorabuena. ¡Tal vez nosotros mismos disfrutemos la limosna!

Carm. ¡Qué cosas dices, Olegario!

Oleg. Penosa en extremo es la renuncia, mas... ¿estás conforme?

Carm. (Sin dar crédito a lo oído.) Estoy conforme de lo bueno, de lo extraordinariamente bueno que eres y de lo que aumenta mi querer...

Oleg. (Con entusiasmo.) ¡Vida!

Carm. (Observando llegan.) ¡Calla!

Oleg. ¿Vienen? (Silencio, por escuchar.)

Carm. Sí.

Oleg. Hasta luego...

Carm. Adiós... mi Olegario. (Este sale.)

ESCENA XII

CARMELITA, luego SOLE, PILAR y PEPE.

Carm. Me inquieta la actitud firme de Olegario. Pero todos los temores desaparecerán. (Pausa.) Y ¿cómo no le digo a Sole lo que pasa? Lo sabría enseguida por su padre y creo mejor ser sincera con ella... (Entran por el foro Sole, Pilar y Pepe.)

Pepe. Parece jugamos al escondite ¿dónde se mete usted, Carmelita?

Carm. Hace muy poco vine aquí.
Soledad. (A Pilar.) (Triste está, debe saberlo).
Carm. (Parece ha estado mi prima con su padre).
Soledad. ¿Y mis tíos?...
Carm. No sé...
Pilar. Estuvimos con ellos antes...
Soledad. Sí, por cierto que mi tía se incomodó muchísimo...
Carm. ¿Por qué?...
Pilar. Por casi nada... Porque tu papá estaba en la cocina.
Pepe. Estando allí, Rosa...
Soledad. Sí, y la casualidad, descubridora de hechos que hacemos para no ser conocidos, hizo que mi tía pasara con estos y le encontró allí...
Carm. ¡Vamos, decídmelo de una vez! Ha pasado un disgusto gordo y reventáis por decírmelo, deseando cada uno sean los otros dos quienes han de contarlo...
Pilar. No ha sido nada.
Soledad. Nada, mujer.
Carm. (A Sole, pues los novios se habrán separado ahora para charlar por su cuenta, al lado izquierdo.) Disgustos de ese género por desgracia estoy avezada a ellos, pero otro es el que me hace ahora sufrir... y con seguridad a tí te pasará igual...
Soledad. Pues ¿qué sucede?
Carm. Cosas muy graves... Y no por mi culpa...
Soledad. Te burlas de mí porque no quise ocultarte...

Carm. No. No estoy para burlas.
Soledad. Pero habla mujer.
Carm. Sí. Prefiero ser yo la que te ponga al corriente... (Pausa.) Mas... ¡no sé cómo decirlo!...
Soledad. De la manera más pronta..., dispuesta estoy para el dolor.
Carm. Olegario...
Soledad. ¿No me quiere?...
Carm. Sí te quiere, pero... ha dicho a tu padre no sé qué propósitos... de casarse...
Soledad. ¡Carmelita! (Rompe en llanto, siéntase en el sofá.) ¿Con quién?
Carm. Ya lo sabrás, tu padre... (También llora.)
Pepe. Muchísimos besos y muchísimos abrazos.
Pilar. ¡Y que no sabes hacerlos! ¡Vaya con el mozo!
Pepe. Quisiera fuesen desconocidos que yo te aseguro les inventaba contigo...
Pilar. ¿Y no harías pruebas con las domésticas? No te ensayarías, ¡eh!
Pepe. De hacerlo lo haría con muñequitas que hablasen...
Pilar. Aunque poco, saben llamar a papá y mamá...
Pepe. Dícenlo muy bajito y con certeza de no ser oídas por ellos... (Siguen hablando.)
Carm. No he venido a quitarte tu felicidad. No. Olegario me quiere desde hace muchos años.
Soledad. ¡Imposible!
Carm. Yo le dije que no volviese a pensar en mí,

mas en tanto su querer que no puedo menos de pensar en él.

Soledad. Marcha. No me atormentes. Has acabado para mí. (Carmelita se levanta.)

ESCENA XIII

Dichos, D.ª ASCENSIÓN, D. HORTENSIO y D. LUIS

Carm. (Se dirige a ellos.) Pero padres, como muchachos pelean ustedes, pero qué fué...

D. Luis. Fué, vergüenza siento confesarlo, que hasta hace un momento el agrio carácter de tu madre, alegraba, aniñaba el mío y como niño hacía lo que no debía... Ahora, he sabido quitar la agridez de tu madre, y he dado un gran paso, un decisivo paso y me veo hombre reflesivo que comprende la inoportunidad de las calaveradas y camina seriamente por los albores de la edad añosa...

D.ª Asc. Dí de la vejez. Lo mismo es.

D. Luis. (Como no habiéndola oido.) Aunque tarde, comprendí mi papel, el trozo pequeño que resta le desempeñaré cual cumple a lo que digo.

D.ª Asc. Tu padre no contento con...

D. Luis. (Sin dejarla hablar, con natural seriedad.) Tu padre empieza a mandar, obligando silencio de lo sucedido.

Carm. Eso es. Dejáos ya de una vez de estas cues-

tiones tan enojosas. Hartas penas y tristezas trae la vida consigo, para querer aumentarlas. Lo pasado ya no vuelve. Aseméjase a lo soñado. Figuraros fué un sueño...

D. Luis. Un sueño muy largo. ¡Una pesadilla enorme!

D. Hort. En todo momento, hay oportunidad feliz de arrepentimiento. Si la humanidad entera lo comprendiera y lo pusiera en obra, la humanidad entera saldría gananciosa. (Sigue hablando.)

Pepe. ¿Ves? lo mismo que yo te decía antes. ¿Vamos a arrepentirnos de que hemos celado?

Pilar. Y a tener verdadera fe el uno en el otro ¡eh! ¡Qué bien así! ¿Pero cuánto durarán nuestros propósitos?

Pepe. Siendo verdaderos, muchísimo.

Pilar. ¡Ojalá! Mas yo creo que los falsos no llegan a nacer y los que no lo son, duran un momento.

D. Hort. (Reparando en Soledad.) ¡Hija mía! ¿Quién te ha dicho?...

Soledad. Les pido no me hablen de lo que tanto me interesa.

D. Luis. ¡Pobre Solita!

D. Hort. Hija mía, cesa el llanto. Días felices llegarán para tí, aunque por otro camino... No penes así...

Soledad. ¡Padre, padre!

ESCENA XIV

Dichos, el señor JOSÉ y la señá MARÍA. luego OLEGARIO.

Sr. José. (Dirigiéndose al grupo que rodea a Soledad.) Solita, Solita, por qué lloras, hija mía. Sí vales tú mucho, mucho más, que ese desgraciao...

Señá M.ª Mil veces más, si...

Carm. (Que estará sola separada del grupo al que han ido hasta los novios.) (Memorable fecha la de hoy: *siete de Julio!...*)

Oleg. (Dice desde dentro.) ¿Se puede? (Nadie contesta, mas él entra dirigiéndose a Carmelita. Viene vestido de obrero.) ¡Carmelita!...

Carm. (Al verle.) ¡Jesús! Olegario con ese traje...

Oleg. El mío. El que me pertenece, Vengo Carmelita, a preguntarte por última vez, si tu cariño es tan grande, es como debe ser, que te decides a correr mi suerte.

Carm. ¡Olegario!

Oleg. Vamos; enseguida. Dí si estás resuelta. Dí, si en lugar de marchar ahora para siempre, quieres que vuelva después de pocas semanas para llevarte por esposa.

Carm. Estás loco...

Oleg. Sí, loco, porque veo la claridad de la verdad. ¿No vuelvo por tí?... (Carmelita no contesta. Larga pausa.) Señores... (A los del grupo que se vuelven con-

fundidos.) Antes de partir, quisiera darles una ligera explicación de mi proceder....

D. Luis. ¿Pero dónde vas con ese traje?.

Oleg. Marcho al combate de la vida. Mis manos, armas incansables serán para el duro trabajo que me pueda proporcionar el pan de cada día...

Señá M.ª Pero hijo mío, tú estás loco, no pue ser por otra cosa.

Oleg. Mi cordura ahora es perfecta. Antes, acaso no lo fuera. ¡Tan confiado estaba en el cariño de los demás!

Señá M.ª No te irás...

Pepe. Olegario, sería un disparate.,.

D.ª Asc. Y a estas horas...

Oleg. Todas las horas son buenas para libertarnos, para caminar al verdadero amor...

Soledad. (Que se habrá levautado del sofá. Dice su padre y el señor José.) (Que no marche, aunque no me quiera, que siga como si nada hubiera pasado. Le perdono con toda mi alma.)

D. Luis. Depón tu resolucicn. No marches.

Oleg. Adiós a todos. Les deseo la felicidad que para mi soñara. Padres míos... (Marcha hacia la puerta.)

D. Hort. ¡Por Dios que locura!

Todos. No marches, no marches.

Oleg. Sacáronme del medio que me correspondía y todo se deslizaba con suave felicidad, hasta el primer choque, que hace por completo im-

posible la continuidad de distinto ambiente, a menos de morir por asfixia; prefiero muerte en pobreza, pero a pleno aire y donde haya amor, sin que sea mi vida, el orgullo de las vidas que me rodean. (Saca su pañuelo y se le vé marchar con lágrimas,)

Señá M.ª Hijo, hijo... (El reloj da entre el mayor silencio de los personajes en escena, siete campanadas.)

Carm. (Que ha permanecido muda, a sus padres.) Yo no ceno aquí esta noche. Ahora mismo nos iremos.

D.ª Asc. y D. Luis. ¡Bueno!

D. Hort. (A su hija.) ¡Soledad!

Soledad. Sí. *soledad,* padre.

Telón.